



“La primera América”

p. 184-222

Latinoamérica. Una interpretación global de la dispersión en el siglo XIX

Carlos Bosch García

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

1978

440 p.

Serie Historia General 10

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 26 de febrero de 2024

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/169/interpretacion-global.html>

D. R. © 2024, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



tercera América colaboró con la primera, y con ello desvirtuó totalmente su papel.

LA PRIMERA AMÉRICA

1. *Su desnaturalización*

El fenómeno de desnaturalización de la primera América es uno de los más importantes que tuvieron lugar. Se presenta de manera paulatina y se intensifica a medida que el siglo avanza. Es conveniente regresar cronológicamente para ver el problema en proceso creciente y desde un principio.

Las repúblicas agrarias latinoamericanas, que heredaron la administración del imperio español consideraron que la abundancia de habitantes simbolizaba también la grandeza pues, mientras mayor era el número de los habitantes, mayor sería también el poder y la riqueza.

Puesto que la población es la base de la industria y la piedra angular de la felicidad de los Estados, rezaba el decreto promulgado el 4 de septiembre de 1812 por el triunvirato de Río de la Plata que abrió la compuerta de la inmigración. Se entendía que, por los aumentos de la población que tuvieron lugar al final de la colonia, América Latina había sobrepasado la falta de mano de obra que la acongojó. En algunos lugares se movieron los pobladores hacia áreas más fértiles que las que venían ocupando. En otros confines americanos, sin embargo, la escasez de la producción retenía el aumento de los habitantes que no estaban distribuidos de manera conveniente, aun cuando, en términos generales, se dijera que escaseaba en el ámbito continental.

El desempleo no pudo siempre desplazarse con facilidad a donde se requería para obtener trabajo porque las comunicaciones se lo impidieron. Sólo de manera ocasional



hubo migraciones por derroteros específicos debido a disturbios ocasionados por las propias guerras de independencia, o por contiendas civiles de carácter más local. En general el trabajo local fue despreciado y, a menudo, resultó más económico importar trabajadores orientales, que rescatar a los indígenas de las zonas montañosas donde se morían de hambre. Automáticamente América abrió así sus compuertas a la inmigración de allende los mares.¹

La apertura de todos los puertos al comercio mundial fue una política aceptada, aunque los aranceles se tuvieran que mantener en alto nivel con el propósito de sostener una renta pública pero, además, ello se hizo también en un intento proteccionista de la producción interna. Es obvio que la industria interna no se hallaba en postura de competir con ventaja frente a los productos externos, ni siquiera con la protección aduanera, que rara vez resultó suficiente para conseguir esos fines.

A raíz de la independencia los gobiernos gastaron muy poco en el desarrollo de sus recursos o en obras públicas y, en parte, ello se debió a la falta de capitales suficientes.²

Poco a poco la apertura de los puertos provocó el aumento paulatino del comercio extranjero y bajo su influencia, desde 1826 hasta 1850, se observó el crecimiento de las ciudades latinoamericanas y la especialización de sus funciones económicas. En ellas aparecieron firmas comerciales más importantes y mayores, cuyo interés se enfocaba en las principales líneas de comercio. Estas instituciones, a veces británicas y otras pertenecientes a ciudadanos de varias repúblicas latinoamericanas, se instalaron con participaciones de negociantes europeos y estadounidenses y se desarrollaron sobre todo en capitales como Buenos Aires, Valparaíso, Lima-Callao, Guayaquil, Barranquilla o La Habana.

¹ Sánchez Albornoz, *The Population of America*, p. 147.

² Griffin, *El periodo nacional en la historia del Nuevo Mundo*, p. 60-61.



Con esa nueva organización de la infraestructura económica Latinoamérica exportó, en grande escala, productos que no apelaron al mercado mundial con anterioridad. Ellos fueron cueros, lana, tasajo de la Argentina; café de Venezuela, Nueva Granada y Centroamérica y guano del Perú. A la vez se aumentó el volumen de exportaciones de azúcar, cacao y tabaco, que constituían los productos tradicionales latinoamericanos.³

A finales de la primera mitad del siglo XIX resultaba congruente que se incrementaran las actividades prestata-rias sobre bases específicas. De esa manera una firma francesa prestó grandes sumas de dinero al gobierno peruano para desarrollar la industria del guano. En cambio, el capital inglés fue el responsable por el desarrollo de los ferrocarriles en varios de nuestros países. Sin embargo todavía no era la época de empresas manejadas y financiadas por el capital europeo.⁴

Esos contactos y cambios hicieron mella en la manera de ser del latinoamericano pudiente. Halperin Donghi habla de que los cambios se ven en:

una aristocracia que vivía de la exportación, como la chilena había debido limitar, en atención a sus intereses económicos, la presencia, basada en criterios ideológicos y religiosos por el aislamiento; las más tenaces resistencias no impiden los progresos hacia la libertad del culto disidente, que es el de los ingleses que dominan el comercio de Valparaíso y con ello también los aristócratas contribuyeron al liberalismo.⁵

Si todo esto sucedía en Chile en 1831, en Guatemala ocurrían cosas parecidas sólo seis años después, cuando los liberales dominaban bajo la jefatura de Morazán y

³ Griffin, *op. cit.*, p. 70.

⁴ Griffin, *op. cit.*, p. 67.

⁵ Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina* p. 205.

los aristócratas de la ciudad de Guatemala se aliaron con Rafael Carrera, quien se impuso en el país, éste destruyó el lazo que la ligaba con la Unión de Centroamérica y gobernó en alianza con los conservadores, a quienes garantizó el orden.

El nuevo caudillo guatemalteco, Carrera, se mostró con mayor benevolencia hacia los conservadores terratenientes y recibió cordialmente a los extranjeros, incluyendo en ellos a los heréticos ingleses y estadounidenses. De hecho, Carrera representó el hombre nuevo, en cierto aspecto, llevado al poder por la militarización postindependiente. El cambio también puede observarse en Costa Rica, cuando para esas fechas había comenzado la expansión en el cultivo del café.⁶

Al principiarse la segunda mitad del siglo, después de haberse terminado la expansión de los Estados Unidos sobre territorio mexicano y de haberse firmado el tratado de paz Guadalupe Hidalgo en 1848, el descubrimiento de los yacimientos de oro en California cambió el derrotero económico de algunas zonas latinoamericanas y se alteró también el ritmo de la economía. Esos cambios fueron temporales porque respondían a necesidades de la navegación y del comercio. Los barcos comunicaron ambas costas de los Estados Unidos por derroteros del sur y, además de transportar trabajadores latinoamericanos que fueron hacia California, estimularon la agricultura chilena de manera que Sarmiento pudo comentar cómo prosperaba esa actividad por las ventas de trigo chileno, que en pocos años influyeron en la construcción urbana de Santiago. En Mendoza, se observó menor transformación, pero también hubo cambios por la producción de fruta seca que se encaminaba hacia California.⁷

⁶ Halperin, *op. cit.*, p. 183-184.

⁷ Halperin, *op. cit.*, p. 209.



Los resultados generales de la incitación económica y de la relación lenta entre los latinoamericanos y el mundo exterior, apenas iniciada al trasponerse la primera mitad del siglo XIX, también tuvieron importancia en la política. No puede decirse que, para esas fechas, se hubiera obtenido el beneficio pleno de la emancipación. Sin embargo, las tierras restantes del desaparecido Imperio español y también, las del Brasil, habían logrado una cierta dosis de estabilidad política en su forma. Los territorios de minería colonial —México, Perú, Bolivia— no alcanzaron los mismos resultados que los demás y, de manera especial, los frutos no se obtuvieron en México afectado por la crisis resultante de los esfuerzos conservadores por dominar los problemas mediante la solución impracticable del Imperio de Maximiliano.⁸

La importancia de las intervenciones extranjeras es obvia en un ambiente semejante pero tampoco ayudarán a la estabilización de nuestros países. Aparte de México, la República Dominicana, Perú, Bolivia, Uruguay y la Argentina fueron las víctimas preferidas. Estas naciones se vieron plagadas por obstáculos de naturaleza económica que se multiplicaron y produjeron confusiones fiscales, endeudamiento cada vez más serio con sus acreedores extranjeros y finalmente sufrieron porque el capital se resistió a emprender aventuras en los países cuyas condiciones políticas estaban perturbadas.⁹ Fue natural que en Perú, México y Chile se provocara a una fuerte reacción nacionalista defensiva por el contacto y la experiencia que se tuvo con el exterior. La misma reacción surgió en Argentina y en Brasil como resultado de la guerra con el Paraguay. De hecho, estos factores contribuyeron al fortalecimiento del gobierno central.¹⁰

⁸ Halperin, *op. cit.*, p. 207.

⁹ Griffin, *op. cit.*, p. 79.

¹⁰ Griffin, *op. cit.*, p. 98.



A mitad del siglo XIX, Latinoamérica dependía casi por completo del comercio extranjero para promover su propia “prosperidad”.¹¹ De hecho se abrió una época nueva, caracterizada por ofrecer mayores disponibilidades de capital y mayor capacidad de las metrópolis económicas del mundo para recibir las exportaciones americanas. Ello redundó en que se hicieran inversiones y se dieran créditos a gobiernos que en poco tiempo tuvieron una importancia capital en nuestros países.¹² Con la nueva época, América Latina adquirió nuevas funciones en la economía mundial, que facilitaron las doctrinas del libre cambio que representaron un factor de aceleración para el proceso iniciado en el continente. Ese proceso amplió la capacidad de consumo de sectores urbanos en expansión y también hizo que las masas humanas, cada vez más amplias, dependieran del consumo.¹³

Las innovaciones se distinguieron por cambios, aparentemente superficiales, que tendieron hacia la europeización, la bolsa, el consumo, la moda, los teatros, los pavimentos de las calles, el gas, el buque correo inglés, los viajes a Europa, y el acortamiento de la distancia entre ésta y América provocado por el uso del vapor.¹⁴

Las nuevas oportunidades económicas cambiaron la vida continental, claro está, en los centros urbanos y en las capas sociales donde se encontraban los “señores”; llegaron las óperas italianas porque sus compañías surcaron el mar hacia América, en barcos movidos por vapor, porque estas tierras abrían posibilidades multiplicadas de lucro. La arquitectura cambió al buscar nuevas formas y estilos, no siempre del mejor gusto ni adecuados a nuestras ciudades, pero eran los “signos de un progreso que sólo está comenzando a llegar...”¹⁵

¹¹ Griffin, *op. cit.*, p. 104.

¹² Halperin, *op. cit.*, p. 212.

¹³ Halperin, *op. cit.*, p. 215.

¹⁴ Halperin, *op. cit.*, p. 210.

¹⁵ Halperin, *op. cit.*, p. 211.



Los rasgos positivos de florecimiento que se entrevieron en los años de los 1850 no autorizaban, sin embargo, a pensar que el nuevo orden se consolidaría. Uno de los más característicos desarrollos del periodo fue el crecimiento del nacionalismo que al final, en los 1870, logró oponerse con éxito tanto a los esfuerzos que tuvieron lugar para revivir las influencias europeas, como a las fuerzas de desunión que actuaban contra la consolidación de los estados americanos. Dicho periodo se caracterizó por la existencia de jefes de estado poderosos, cuyas carreras formaron parte de las tradiciones que los convirtieron en héroes míticos nacionales. El proceso de consolidación se acompañó en casi todas partes de la ideología liberal aun cuando no se adoptara su pleno contenido y menos la práctica.¹⁶

México fue más lejos en ese sentido, que cualquier otro país, pues el liberalismo llegó a su punto más elevado con las Leyes de Reforma, que fueron el corolario de las planeadas por Gómez Farías en los años treinta. Primero, limitaron la jurisdicción de la Iglesia privándola de sus propiedades y, finalmente, se separó la Iglesia del Estado en la Constitución de 1857. En Centroamérica un movimiento semejante y pasajero tuvo lugar bajo la jefatura de Morazán y fue revocado en 1840. En Nueva Granada los liberales adoptaron medidas severas anticlericales después de 1850: los jesuitas fueron expulsados, los diezmos suprimidos y la Iglesia y el Estado separados en la Constitución de 1853; cambios parecidos ocurrieron en Ecuador durante el mismo periodo.

Perú, Chile y Argentina no actuaron con la misma fuerza, en el sentido anticlerical, aunque los liberales procuraron introducir el principio de tolerancia religiosa no pudieron imponer la medida. Iglesia y Estado permanecieron unidos en Chile, pero hubo mayor tolerancia para el culto no católico. A ello contribuyó el presidente Montt,

¹⁶ Griffin, *op. cit.*, p. 119.



quien se enfrentó con la jerarquía católica sobre problemas de jurisdicción. Rosas, de Argentina, obligó al clero a identificarse con su causa pero, después de su régimen, la Constitución de 1853 unió Iglesia y Estado y terminó los conflictos. La ayuda económica que los gobiernos argentinos dieron a la Iglesia hizo que el Estado pudiera influir en los nombramientos eclesiásticos. El Ecuador, bajo García Moreno, fue un caso de estridencia al firmar un concordato que dio a la Iglesia Católica Romana libertad, poder e influencia sin precedentes en el continente.¹⁷

La Iglesia de los años 1850 estuvo cada vez menos segura del apoyo del poder político y también de las élites sociales e intelectuales, y por ello adoptó una actitud cada vez más agresiva, descubriéndose así otros aspectos negativos de la herencia colonial, todavía latentes.¹⁸ La Iglesia quedó reducida a ser la organización militante del sector mayoritario no descristianizado de la sociedad. La oposición, aunque todavía no muy fuerte, tuvo importancia por darse en sectores gobernantes intelectuales.¹⁹

La cuestión de fondo es hasta qué punto América Latina se descristianizaba, o si simplemente se anticlericalizaba. Por lo general, 1850 representaba el periodo en que surgen tendencias anticlericales en casi todos los países de origen latino. Ello no tiene que ver con el problema de creencia. Estamos convencidos de que América Latina era en el siglo XIX un ámbito católico firme y que, incluso, los anticlericales participaban de esas creencias. No hay que confundir, una cosa es religión y dogma, y otra clericalismo institucional y político. Claro está, el anticlericalismo se vio reforzado con la llegada al poder de princi-

¹⁷ Griffin, *op. cit.*, p. 102-103.

¹⁸ Halperin, *op. cit.*, p. 231-232.

¹⁹ *Op. cit.*, p. 231.



pios liberales más sistemáticos. Por ello, la respuesta a la organización militante del sector no descristianizado de la sociedad, como dice bien Halperin, no significó la adopción de un anticlericalismo militante, sino simplemente una “independencia nueva de los sectores gobernantes frente a la Iglesia, de la que se tomaba en cuenta cada vez más exclusivamente su influencia política”.²⁰ Todo se acusaba donde la Iglesia había acumulado patrimonios territoriales vastos como en México, Nueva Granada o Guatemala. Las expropiaciones de sus tierras fueron irreversibles, como en Nueva Granada, cuando la restauración de la primacía católica se acompañó de indemnizaciones monetarias pagadas a las órdenes eclesiásticas y no se molestó a los nuevos propietarios laicos de las tierras expropiadas en el disfrute de sus nuevos patrimonios territoriales.²¹

La resistencia eclesiástica a los cambios, planteada por el nuevo orden latinoamericano, fue relativamente pasajera. Poco a poco la Iglesia aprendió a vivir dentro del nuevo orden y volvió a utilizar su influjo sobre los sectores altos, presentándose dispuesta a aceptar lo esencial del nuevo sistema. La institución religiosa aprovechó uno de los rasgos diferenciales de los nuevos sucesos: y ello consistió en limitar, en lo posible, la participación de nuevos sectores en la vida política pues, en casi todas partes, quienes dominaron la economía de los años cincuenta, la siguieron dominando con posterioridad y, con ella, manejaron también la política o la compartieron con fuerzas como las del ejército.²²

El liberalismo fue sin duda una fuerza poderosa en el periodo y se manifestó de muchas maneras. Aunque el orden interno no se alterara con tanta frecuencia, como

²⁰ Halperin, *op. cit.*, p. 231.

²¹ Halperin, *op. cit.*, p. 231.

²² Halperin, *op. cit.*, p. 233.

en la primera mitad de siglo, también hubo episodios. A las campañas de 1850 y 1860 en Argentina, sucedieron 10 años de aparente quietud. Las revoluciones chilenas de 1851 y 1859 fueron serias y se dominaron mediante un régimen legal. En Perú los dos periodos del gobierno de Ramón Castilla, que existieron entre 1845 y 1860, fueron interrumpidos por asonadas, aun cuando entre esos años dichos periodos brindaron una buena administración y una paz como nunca la hubo desde la independencia. En algunos países se llevó a cabo la lucha venturosa contra la esclavitud, en otros se luchó contra los gobiernos arbitrarios por medio de un orden constitucional legal; se trató también de eliminar los privilegios especiales religiosos, económicos o políticos. Griffin considera que el liberalismo se entremezcló en diversos grados con tendencias democráticas populares, nacionalismo, espíritu de empresa, capitalismo y anticlericalismo, que formaron un patrón complejo de los desarrollos liberales.²⁸

De ninguna manera debe presuponerse que la primera mitad del siglo fuera un periodo ideal. Como vimos, el trauma planteado por la independencia y los problemas no resueltos aparecieron de manera violenta y provocaron, auspiciados por el personalismo, una crisis general que se manifestó en una sucesión de pronunciamientos:

En general, la forma más sencilla para un hombre ambicioso... para asegurar su poder es, naturalmente, alcanzada a través de la carrera militar. Esto resulta cierto bien que se trate de un hombre elevado por la revolución o la guerra al liderato y también si es un soldado profesional, el último es de valor particular en una de las naciones donde el ejército es, junto con la Iglesia, una de las dos fuerzas sólidamente organizadas... De hecho, casi todos los dicta-

²⁸ Griffin, *op. cit.*, p. 82-83, 95.



dores han sido militares. Aquellos que no lo han sido originalmente han tomado el título de “general”... ²⁴

Sin embargo, de esta forma de resolver problemas, Latinoamérica tomaba un derrotero, muy a su manera, para eliminar los problemas planteados y de ellos, quizá el más importante, consistía en eliminar hombres del tipo descrito por Chevalier, que en unos casos significaron tratar de detener el arrastre del “señorío”, tal como discutimos en capítulos anteriores, y en otros, asegurar la continuidad de un señorío personalista, carrera emprendida por quienes surgieron de los movimientos independientes originales. En estos últimos casos vimos cómo el proceso entró en una dirección política centralizante, incluso a pesar del fortalecimiento del liberalismo, y se fueron eliminando las fuerzas que de alguna manera pudieron haber sido motivo de oposición, como fue el caso de la Iglesia, a la que se le limitaron sus fueros, se le expropió y una vez lograda su separación del Estado, se le indemnizó en dinero por sus pérdidas. Esto significó también una mayor concentración de las tierras en manos de señores, con las consecuencias subsecuentes de dominio de personas y de economía de ellas dependiente.

Los cambios, debidos a la nueva época, fueron más que suficientes para alterar al latinoamericano, a la vez que lo adecuaban para el nuevo régimen que los historiadores llaman neocolonialismo. Pero tal como sucedió con la ideología francesa en el periodo anterior y subsiguiente a las guerras de independencia, el nuevo régimen alcanzó otra vez los grupos más altos de la sociedad.

Los beneficios que del nuevo orden extraen las clases terratenientes, ya se han señalado en cuanto a propietarios de la tierra, cuya valorización es una consecuencia inmediata del orden nuevo, pero también en cuanto a dotados de

²⁴ François Chevalier, “The Roots of Personalism” en Hammill, *Dic-tatorship in Spanish America*, p. 40.



influencia política que les permite beneficios adicionales. Estas clases, más ricas en tierras que en dinero, frecuentemente endeudadas, constituyen, junto con los políticos reclutados en las élites urbanas, lo mejor de la clientela de los nuevos bancos nacionales que van surgiendo en Latinoamérica; aún los bancos extranjeros deben abandonar su preferencia por los deudores solventes para comprar de modo apenas disimulado, mediante crédito generoso, la buena voluntad de quienes ejercen el poder local.²⁵

Una alianza aparece entre la nueva forma de poder económico y financiero y los terratenientes y políticos de América Latina. Sin duda ello significó una desnaturalización de los “señores” que quedaron comprometidos y ligados a los intereses bancarios y financieros que vinieron a modificar el *statu quo* económico latinoamericano. Además, también quedaron atrapados por la corriente que correspondió a la transformación provocada por el nuevo régimen económico y que vino a compensar la exportación de materias primas, dejando aparte la necesidad que había de enviar artículos de consumo alimenticio a las áreas metropolitanas de nuestras naciones. Latinoamérica se estaba transformando en consumidora de la producción industrial ajena y no sólo de productos de consumo perecedero, sino que también se veía obligada, en la segunda mitad del siglo, a admitir un flujo de inversiones, de bienes de capital, de productos de la nueva metalurgia y combustibles, repuestos y toda clase de productos complementarios.²⁶

La apertura a las inversiones que provocaron estos acontecimientos y la entrada del capital extranjero, fue interesada pues, con mínimos aportes por el lado latinoamericano, se aseguraron ganancias cuantiosas que facilitaron el avance de la corrupción, además de que se creara un

²⁵ Halperin, *op. cit.*, p. 216.

²⁶ Halperin, *op. cit.*, p. 214-215.



verdadero cinturón de influyentes, gestores y gentes dispuestas, que a la larga se considerarían componentes de la mal llamada “clase media”.

Estos motivos y otros muchos dieron paso a reacciones nacionalistas, que también originaron residuos positivos desde ciertos puntos de vista. En un esfuerzo de sintetizar el periodo, Carlos Griffin nos presenta el panorama de 1850 a 1870 en la siguiente forma:

En México el esfuerzo por establecer un imperio bajo los auspicios extranjeros fue frustrado. En Cuba, el final del periodo vio el primer esfuerzo determinado del pueblo para fundar una nación independiente en la isla. La República Dominicana se libertó tanto de la dominación haitiana como de la española. Argentina resolvió su problema de organización nacional, puso fin a un largo periodo de guerras civiles y redujo el poder de los caudillos locales. Las Repúblicas sudamericanas de la costa del Pacífico reaccionaron violentamente contra el renacimiento del imperialismo español. El nacionalismo fue una idea penetrante promulgada en los libros de texto escolares y todo ello aun cuando las poblaciones indígenas estuvieran sin asimilarse dentro del cuerpo político.²⁷

Griffin presenta un cuadro tendiente a la estabilización económico-política de nuestra América, pero ello también implica la estabilización del *satu quo* social de la segunda América que se destinaba al trabajo y no en las mejores condiciones, pues esta segunda América no se incorporaba como parte de la realidad y de nuevo quedaba marginada. La estabilización se consiguió, precisamente, por el nuevo orden económico en que la segunda América se destinaba a producir mano de obra y a consumir; la primera a “dirigir” y “ordenar” y “medrar” en el nuevo orden, bien enriqueciéndose por entenderse directamente con las fuerzas de capital ajenas a nuestros países, o por corromperse

²⁷ Griffin, *op. cit.*, p. 81-82.

en su propia periferia al practicar el “influyentismo” puesto a disposición del extranjero.

Por ello, Halperin puede hablar de que,

hay una disminución en la resistencia que los avances de ese nuevo orden encuentran; por otra parte la identificación con ese orden de los sectores económica y socialmente dominantes; ésta identificación que trae consigo un parcial abandono de los aspectos propiamente políticos del programa renovador de mediados del siglo, reorienta la ideología dominante del liberalismo al progresismo, y va acompañado a menudo, pero no siempre, de una simpatía renovada por las soluciones políticas autoritarias.²⁸

La renovación política se reduce, a pesar de las buenas intenciones, a un proceso exclusivamente interno, distintivo de los sectores dirigentes, ellos mismos poco renovados en su reclutamiento. Pero todo sucedió a pesar de que hubiera violentas resistencias para la renovación y de que la conversión de los poderosos fuera lenta y poco franca, hasta que se convencieron de las ventajas que para ellos tendría el cambio.²⁹

Sin duda el proceso se facilitó por la falta de objetivos políticos y doctrinarios ambiciosos. Esa falta se convirtió en una fuerza general que alimentaba a los componentes de la primera América en los avances materiales que propiciaron las dictaduras a cambio de la libertad o en la defensa de las oligarquías enriquecidas por el comercio y las exportaciones. El engaño mayor de la época consistió en hacer creer a los participantes urbanos de la segunda América, que estaban ayudando a formar una burguesía que remedaba a las europeas.³⁰

El que los grupos dirigentes latinoamericanos llegaran a coincidir con las fuerzas externas que representaron los

²⁸ Halperin, *op. cit.*, p. 235.

²⁹ Halperin, *op. cit.*, p. 233-234.

³⁰ Halperin, *op. cit.*, p. 227.



intereses económicos y, en consecuencia, políticos de la Gran Bretaña, primero, y de los Estados Unidos después, resultó de una secuela de sucesos a veces infortunados, que tuvieron lugar durante la segunda mitad del siglo XIX. En unos casos se trató de conflictos guerreros, en otros, políticos y a veces a la afloración de problemas internos. Todo ello debe interpretarse como las fricciones que se produjeron hasta que se logró el mejor ajuste entre el mundo externo y el nuestro. De hecho, Latinoamérica se estaba acoplando, tardíamente, como un complemento a las revoluciones industriales externas, pero su población general no participaba del fenómeno que debiera haber producido el ajuste al nuevo tipo de economía y de política que reclamaban un nuevo tipo de sociedad, como se demostró en Inglaterra y en los Estados Unidos. Lo único que se ajustó fue la capa dirigente, la “señorial y la política”, pero el resto de la población quedó al margen de esa nueva sociedad como un capital de trabajo y de consumo de la misma.

Dicho en otras palabras, nuestros señores y políticos se desnaturalizaban al aliarse con el capitalismo externo y provocar así la extensión del mismo hacia nuestros países, ayudándolo en su desarrollo, pero no en su nacionalización. Por ello es que podría decirse, como lo hicimos en otro lado, que propiamente no era un capitalismo latinoamericano. En consecuencia Latinoamérica no tuvo ni revolución industrial, ni revolución social propias, ni capitalismo, sino que se convirtió en víctima de los ramalazos de estos fenómenos externos que se expresaron por las intervenciones políticas, económicas o militares.

Para 1860:

La coincidencia de los grupos dirigentes latinoamericanos, con los intereses económicos de Gran Bretaña no se ha alcanzado sin lucha: guerras causadas por rivalidades en torno a zonas que revelan bruscamente su riqueza (como



la segunda guerra del Pacífico); guerras civiles que se transforman en internacionales (como el ciclo de luchas argentinas y uruguayas que desemboca en la guerra del Paraguay); otras guerras civiles que llevan a intervenciones de potencias ultramarinas (la mexicana de la Reforma, que se continúa en la lucha contra la intervención francesa). No es extraño que en esta primera etapa de afirmación de un orden nuevo abunden las luchas, hay sobradas causas internas para ello. Hay también algunas exteriores, la actitud que lleva a Francia a intervenir en los asuntos latinoamericanos, no es sino un aspecto de la reaparición de las fuerzas ultramarinas, que no por ser tradicionales dejan de participar en la expansión general de Europa. España reaparece también en un papel más modesto, buscando reconciliar sus oposiciones internas en una política activa hacia fuera.⁸¹

El campo era fructífero y, de momento, estaba libre por coincidir esa época con la revolución de los Estados Unidos, llámese Guerra de Secesión, o por la libertad de los esclavos, o industria contra agricultura, o Norte contra Sur. El caso es que ese país se despreocupó de América Latina en un periodo que va desde pocos años después de la compra de territorio mexicano (llamada de Gadsden, 1853), hasta terminada la perturbación a que nos referimos, con el resultado de que no se enfrentaran con Maximiliano, ni participaran en la defensa llevada a cabo por Juárez contra el mismo.⁸² Por la misma razón, la casi abstención de los Estados Unidos en México se da en los demás países latinoamericanos, donde Inglaterra toma la delantera, aunque con mucho más tacto político que el acostumbrado por los Estados Unidos, pues la Gran Bretaña contaba con más de medio siglo de experiencia en el asunto. Por algo el capital extranjero y los intereses de

⁸¹ Halperin, *op. cit.*, p. 228.

⁸² Bosch, *Las bases históricas de la política externa de los Estados Unidos*, p. 65-68.

las potencias tuvieron mayor entendimiento con los gobiernos autoritarios.

Para Inglaterra se trata sólo de custodiar (con presiones discretas) intereses privados que conocen ya admirablemente de qué modo es posible asegurarse apoyos locales. Esa política, probablemente, sólo parece lúcida gracias a su prudencia. Al florecer el liberalismo progresista, esa política es la que impide acciones insensatas basadas en juicios erróneos. Por ejemplo en la Argentina de Mitre, favorable a los intereses a largo plazo de Inglaterra, la diplomacia británica añora a los gobiernos autoritarios de modelo rosista que juzga los únicos capaces de asegurar el orden interno.⁸³

El tema ha sido bien redondeado por Halperin y también por Griffin, quien a su vez explica al respecto:

Quando estalló la guerra civil en los Estados Unidos, en 1861, pareció volverse a presentar la oportunidad de los europeos y la preocupación de los Estados Unidos facilitó la entrada de los franceses en México. Sin embargo, a pesar de los estímulos internos y externos, las potencias evitaban reconocer a los Estados Confederados de América.⁸⁴

El mismo autor afirma que las naciones del sur de Sudamérica progresaron a un paso más rápido que el resto del continente y que ello está demostrado por la expansión del comercio extranjero, la diversificación de la producción y el aumento de la inmigración. Estos factores operaron en Brasil, Argentina, Chile y Perú pero esos países contaron con la ayuda de un aumento de estabilidad en sus condiciones políticas.⁸⁵ Obviamente, esa estabilidad en las condiciones políticas fue el resultado de la alianza entre intereses y capital extranjeros y “señores y políticos” internos. Inglaterra podía dejar que las cosas

⁸³ Halperin, *op. cit.*, p. 227.

⁸⁴ Griffin, *op. cit.*, p. 85.

⁸⁵ Griffin, *op. cit.*, p. 94.



caminaran tomando su derrotero durante algún tiempo. Sin embargo, Francia y España, que habían quedado a la zaga, intervinieron en México como se ha dicho, en Santo Domingo y en Perú, en la década de los sesenta, hasta que la oposición de las naciones americanas y también las nuevas oportunidades que se presentaron en el Lejano Oriente y en África absorbieron las presiones que se ejercían en nuestros países.

Los “señores y los políticos” se afianzaban cada vez más a través de estos acontecimientos. Por un lado se generalizó la centralización del poder a expensas de la Iglesia, bien cambiando posiciones tradicionales, o llegando a la separación completa de Iglesia y Estado, lo que caracterizó a la década de los setenta.

Los préstamos a gobiernos, cada vez más frecuentes, adoptan fórmulas de devolución a largo plazo... y se apoyan en una visión del futuro latinoamericano, según la cual la expansión constante de la economía resolverá el problema del endeudamiento.³⁶

En Paraguay la clase terrateniente poderosa se afirmó “sobre todo luego de la derrota de 1870”; y acude el acoplamiento con el nuevo sistema pues, con ese motivo,

se orienta hacia el mercado exterior: cueros destinados a Europa; tabaco y yerba para el más cercano mercado rioplatense. Esto sin contar con los productos del Chaco paraguayo (maderas, tanino), sólo nominalmente incorporados a la economía nacional, pues son explotados por compañías extranjeras (inglesas y argentinas) con vistas al mercado extranjero, usando puertos privados y una flota fluvial también extranjera. En todo caso, la política paraguaya comenzó por estar dirigida por jefes militares veteranos de la guerra contra la Triple Alianza, ahora al servicio de la política brasileña; entre ellos se destacó el general Caballero, fundador del partido colorado, que iba

³⁶ Halperin. *op. cit.*, p. 212, y Griffin, *op. cit.*, p. 102.



a gobernar Paraguay durante un tercio de siglo; el triunfo de un partido de oposición —el liberal es un hecho del siglo xx.³⁷

La fuerza y el poder de los “señores y políticos” aumentó también por razón de que la década de los sesenta es aquella en que se refleja el aumento de las cifras demográficas de manera notable. Las cifras de los censos no corresponden a los mismos periodos en cada uno de los países para facilitar la comparación de las mismas pero, es claro que desde 1865, hasta el final del siglo, muestran aumentos que van desde 50% en algunos países, hasta 300% en otros.

2. *El liberalismo, positivismo, dictaduras y neocolonialismo resultante de la desnaturalización*

Como se ve, la desnaturalización de los “señores y políticos” fue provocada por las presiones del mundo económico occidental y significó, además, el que aceptaran una postura económica complementaria de los intereses externos dentro de su propio país, y que aceptaran ideologías y fórmulas políticas y filosóficas que eran propias de aquellos desarrollos económicos, propios de Occidente.

Esa adaptación trajo consigo la puesta en moda del liberalismo y del positivismo, como ya vimos también el laicismo, el arte de la época y del cientificismo. Se amplió el comercio de exportación que en parte se reorientó hacia las nuevas regiones, pues hubo un conjunto de productos sin interés para las importaciones de la Gran Bretaña. Sin embargo, las importaciones que se hacían en Latinoamérica siguieron procediendo de los mismos productores tradicionales. La Gran Bretaña, casi mantuvo desde 1860 el monopolio bancario y los gobiernos latinoamericanos

³⁷ Halperin, *op. cit.*, p. 352-353.



utilizaron los banqueros británicos como sus principales agentes financieros. En términos generales la influencia británica siguió dominante, a pesar de que otros países, como los propios Estados Unidos, hicieron esfuerzos y ganaron terreno en sus relaciones comerciales con Latinoamérica.¹

Tanto el capital, como la dirección para la construcción de ferrocarriles, era predominantemente europeo. Concesiones altamente favorables a las compañías autorizaban ese tipo de obras. A pesar de que ingenieros procedentes de muchos países intervinieron en la construcción, el capital y la técnica británica dominaron en todo momento.²

La importancia que tuvieron estas concesiones debe ser destacada, pues resultó que para 1870, casi todos los países contaron con líneas cortas que unían la capital y las ciudades del interior con sus principales puertos de mar, o las áreas mineras con lugares de embarque para sus productos. En Argentina, partiendo de Buenos Aires, las líneas ferrocarrileras invadían el interior de la Pampa. En esas fechas estaba por terminarse en México la línea de Veracruz a la capital. En Chile se había unido a Santiago con Valparaíso.³ Los ríos principales se utilizaron como líneas de comunicación al ponerse en uso el barco de vapor de manera generalizada: el Amazonas, el Orinoco, el Paraguay y el Paraná, se vieron surcados por navíos que establecían la comunicación. Donde ni el vapor, ni los ferrocarriles pudieron llegar, se continuó el uso de sistemas ancestrales como el cargador humano, la recua de mulas, o la carreta.⁴

El contacto con el Viejo Continente forzó la evolución de América Latina, la cual tuvo que crecer dentro del

¹ Halperin, *Historia contemporánea de América Latina*, p. 225.

² Griffin, *El periodo nacional en la historia de América*, p. 190.

³ Griffin, *op. cit.*, p. 109-110.

⁴ Griffin, *op. cit.*, p. 110.



clima esparcido por Europa. Dentro de ese clima, las alternativas de los movimientos políticos fueron menos extremas si se comparan con las habidas con anterioridad. Tanto en Chile, como en Colombia, los conservadores se vieron obligados a dejar el paso a los liberales y ello pospuso las tendencias autoritarias que reaparecieron más tarde y que fueron derrotadas en Chile. La oligarquía costeña ecuatoriana fue capaz de reconquistar el poder para dirigir y utilizar a los sectores urbanos descontentos del predominio militar y esto sucedió a pesar de que, de cuando en cuando, se produjeran cambios sorpresivos.⁵

Pero todos tomaron el sendero constitucional: Brasil, Argentina y Chile insistieron además en hacer el cambio político por la vía pacífica y ordenada, renunciando así a las formas de gobierno personal. Los países acostumbrados al gobierno de hombres fuertes como Venezuela, bajo Antonio Guzmán Blanco, y México, con Porfirio Díaz, mantuvieron por lo menos sus formas constitucionales apoyados en la sociología evolutiva de la época, pues creían que sus gobiernos estaban adentrados en un proceso de esa naturaleza que los llevaría a un alto nivel de desarrollo, como había sucedido en Inglaterra. En consecuencia, el orden se alteró pocas veces entre los años de 1870 a 1890 en Brasil, Chile o Argentina.⁶

La estabilidad de esa etapa se reflejó en el derrame de capitales europeos que tuvo lugar en esos tres países, mientras los Estados Unidos comenzaron sus inversiones en México, Centroamérica y norte de Sudamérica.⁷ Resultó también, de la estabilidad política y la rápida construcción de los ferrocarriles en la Pampa, la afluencia de trabajadores italianos y españoles que emigraron contribuyendo a multiplicar la producción de cereales y a me-

⁵ Halperin, *op. cit.*, p. 260.

⁶ Griffin, *op. cit.*, p. 124.

⁷ Griffin, *op. cit.*, p. 135-136.



jorar la calidad del ganado; se aumentó el valor de la tierra y crecieron rápidamente las ciudades como fue el caso en Buenos Aires, Rosario, Bahía Blanca y La Plata.⁸ En Chile se desarrolló la industria del salitre con la ayuda de capitales propios y extranjeros, principalmente británicos; se expandió la colonización hacia el sur, aumentaron los ferrocarriles y también la producción de carbón en el sur.⁹

Por lo general, es de notarse que los países latinoamericanos se esforzaron en variar sus productos para poderlos ofrecer; cada vez fueron menos los que dependían de monocultivos como Cuba, cuya prosperidad se basó en el cultivo del azúcar, casi exclusivamente.¹⁰

Estos resultados “positivos” hicieron que lo más frecuente en el pensamiento de las oligarquías políticas fuera el progresismo y con ese credo consolidaran su propio poder, como sucedió en Chile y Colombia, donde se defendieron de los zarpazos del autoritarismo militar que consideraban una herencia de la tradición caudillesca, todavía en pie en el Perú. Esto no significaba de ninguna manera la ausencia de soluciones progresistas decididamente autoritarias, como las de Venezuela, Guatemala o Ecuador.¹¹

Así por ejemplo, la clase terrateniente poderosa paraguaya se reafirmó después de la derrota de 1870, cuando el Paraguay se orientó hacia el mercado exterior enviando cueros a Europa, tabaco y yerba mate a Argentina, aparte de los productos del Chaco, madera y tanino, que fueron explotados por compañías inglesas y argentinas que utilizaron puertos privados y navíos extranjeros para su transporte. La política paraguaya fue dirigida por jefes

⁸ Griffin, *op. cit.*, p. 136.

⁹ Griffin, *op. cit.*, p. 136.

¹⁰ Griffin, *op. cit.*, p. 136.

¹¹ Halperin, *op. cit.*, p. 254.



militares procedentes de la guerra contra la Triple Alianza, entonces al servicio de la política brasileña. Entre esos jefes destacó el general Caballero, que fundó el Partido Colorado y gobernó al Paraguay durante 30 años, hasta terminar el siglo.¹² Por otra parte, los grupos “burgueses” mexicanos que sostenían a Porfirio Díaz se afirmaron combinando puntos de vista comtianos y spencerianos, que interpretaban a su manera, y justificaban el laicismo y el orden público autoritario que facilitaba sus metas económicas,¹³ y a la vez se incrementaron los préstamos a gobiernos que con mayor insistencia adoptaron fórmulas crediticias con plazos de pago lo más largos posibles, considerando que la expansión económica constante sería un factor decisivo en el endeudamiento.¹⁴ El endeudamiento ayudó durante la década de 1880 a un avance de la economía primaria exportadora, que si bien impulsó un crecimiento más rápido, se acompañó de una crisis de intensidad creciente y el orden acarreo así signos de agotamiento y pronto llegaría a la devastación causada, en parte, por su vinculación creciente, con metrópolis económicas que eran a su vez víctimas de coyunturas económicas más difíciles.¹⁵ Así pues, la mayor complejidad de las actividades de transporte y comercialización de los productos hizo cada vez más necesaria la presencia de las metrópolis en Latinoamérica y, por lo tanto, la dependencia se incrementó. Además de los ferrocarriles, fueron enclaves de la economía marginada los frigoríficos, los silos de cereales, los ingenios de azúcar, y las metrópolis de presencia más reciente en América Latina fueron las más agresivas en la conquista de las economías dependientes que culminaron en la tierra.¹⁶ La gran ex-

¹² Halperin, *op. cit.*, p. 352-353.

¹³ Griffin, *op. cit.*, p. 126.

¹⁴ Halperin, *op. cit.*, p. 280.

¹⁵ Halperin, *op. cit.*, p. 280-281.

¹⁶ Halperin, *op. cit.* p. 281.



pansión tuvo lugar en el capítulo de la minería: el cobre de Chile, Perú, México; el nitrato de Chile; el oro de Nicaragua, Colombia y Venezuela y el petróleo de México. Su mayor producción se lograba por compañías generalmente extranjeras, aplicando maquinarias de extracción y fundición constantemente mejoradas en su eficiencia.¹⁷

Las consecuencias fueron lógicas, llegó el enriquecimiento de los nuevos grupos tanto nacionales como extranjeros. El régimen porfirista mexicano propició esta situación. En Brasil subieron los nuevos barones del café, hombres nuevos, enriquecidos, libres y poderosos que se acoplaron a las clases “señoriales” tradicionales. Los líderes políticos argentinos de los años ochenta trabajaron en colaboración con los estancieros y con intereses extranjeros, para dominar el país mediante una combinación de todos los intereses oligárquicos. La aristocracia chilena se amplió al aceptar los enriquecidos con el comercio, la marina y la minería. El estado chileno aceptó la participación de los nuevos grupos y de las nuevas combinaciones del poder. Los cambios anteriores fueron, lógicamente, más obvios donde el crecimiento de la riqueza fue mayor.¹⁸ Con todo ello las guerras civiles, los movimientos liberales y también los conflictos internacionales amainaron y tanto el poder, como la fortuna y el prestigio, siguieron en manos de quienes, enriquecidos, derivaron su bienestar de las nuevas fuentes del poder económico y mantuvieron menos lazos con aquellos cuyas fuentes de riqueza radicaban en la tenencia de la tierra. Pero tanto los nuevos ricos ostentosos, como los viejos “señores”, bajaron al unísono.¹⁹

¹⁷ Griffin, *op. cit.*, p. 166.

¹⁸ Griffin, *op. cit.*, p. 129.

¹⁹ Griffin, *op. cit.*, p. 129.

El resultado fue que, mientras nuestras naciones se adentraron en la dependencia económica de los ochenta, las ventajas gravitaron cada vez más hacia centros económicos metropolitanos y las tareas desempeñadas por éstos y por las clases altas locales que se ocupaban de la producción primaria y de los primeros pasos de la comercialización, adquirieran un nuevo sentido por la menor libertad existente en los mercados que se habían vinculado con las estructuras financieras.²⁰ América Latina estaba servida en los ochenta por bancos que sustituyeron a las firmas mercantiles anteriores para el financiamiento del comercio exterior, y la mayoría de ellos eran extranjeros. Incluso se especializaban dedicándose los unos al comercio de granos, otros a tejidos o maquinarias y otros productos. Por otra parte, un mayor volumen de productos fue manejado directamente por sus productores para eliminar a los intermediarios.²¹

La distribución de las tareas no siempre se mantuvo, pues ciertas actividades primarias, como fue el caso de la minería, que exigía fondos de capital considerables, pasó en fecha temprana al dominio de las economías metropolitanas.²² Los ejemplos extremos revelan, sin embargo, una tendencia más general. Ésta fue el debilitamiento de los “señores terratenientes” que, a pesar de apoyarse en las estructuras políticas, comerciales y financieras locales, no podían enfrentarse con los representantes de las economías metropolitanas.²³

Los intereses establecidos reglamentaron, sólo hasta cierto punto, el crecimiento.

Éstos no sólo incluyeron los propietarios tradicionales del poder en las zonas rurales sino también a los financieros extranjeros, temerosos del destino de sus inversiones —y

²⁰ Halperin, *op. cit.*, p. 281.

²¹ Griffin, *op. cit.*, p. 166.

²² Halperin, *op. cit.*, p. 281.

²³ Halperin, *op. cit.*, p. 282.



hacia el fin de la centuria cualquier mestizo emergido victoriosamente de la protección sucesiva política y militar en contra de los peones cada vez más inquietos y contra los desórdenes que podían limitar la corriente del capital extranjero. Asentados entre el pasado y el futuro, estos teneedores de poder mantuvieron un equilibrio precario entre las fuerzas hostiles eliminando todos los rivales posibles de abajo, a través de la violencia y la corrupción.²⁴

La corrupción planteada por las inversiones y la complacencia con que se recibieron por parte de los países latinoamericanos fue a menudo muy real, pero no basta para explicarlo todo: hay por detrás, como vimos, una distribución de tareas fácilmente comprensible, aceptada por las clases altas locales. En lo inmediato las inversiones beneficiaron a los países que las hicieron, aunque hubo sus riesgos, pero el beneficio fue mayor para los propietarios locales que aumentaban sus rentas por la expansión de la producción, que el nuevo clima económico facilitaba y también crecía, en consecuencia, su capital. Todo ello fue logrado en forma simple y sin tener que contar con inversiones importantes por su parte, al verse afectados por el proceso de valoración de la tierra.²⁵ Los dueños de estos capitales, por lo general, decidían no reinvertirlos y el estudioso ha dado poca importancia a este fenómeno, que consideramos fundamental para apreciar propiamente el papel de las clases dirigentes locales en esta etapa de afirmación del orden neocolonial.

La parte predominante de la expansión económica fue el fruto de un conjunto de “booms” productivos, algunos de función local y otros que afectaban a varios de los países, pero establecieron procesos productivos que requirieron inversiones directas de capital reducidas en sus primeras etapas, como sucedió en el caso de la explotación

²⁴ E. Wolf, *Sons of the Shaking Earth*, p. 247.

²⁵ Halperin, *op. cit.*, p. 214.



del cobre chileno cuando los capitales locales pudieron resolver el problema.

Otras veces se necesitaron inversiones mayores. Así ocurrió cuando al extenderse las redes ferroviarias y telegráficas, que se vieron por ello en la necesidad de escapar casi totalmente a la inversión privada nacional y que, aun cuando tampoco corrieran de manera exclusiva a cargo de extranjeros, provocaron, como en el caso que tratamos, que

el monopolio británico en la expansión ferroviaria latinoamericana no es seriamente amenazado en parte alguna, y constituye un nuevo elemento de sostén de la hegemonía británica a la que otros aspectos parecen amenazar.²⁶ El balance económico se apartó cada vez más de la agricultura y se notó cómo, en México, las inversiones ayudaron a dar importancia a la minería, a los textiles y al petróleo; en Guatemala se cultivó comercialmente el café y el banano. Donde quiera las inversiones entraron, precipitaron el ritmo en la circulación de mercancías y también de la gente, como se observa en el norte y centro de México con el resultado de que para 1895 “Había en México un proletariado industrial de 315,000, un total de clase media de 213,000, y una clase media urbana de 776,000. En comparación con 7.835,000 de peones y sus familias que vivían en haciendas, esto representa solamente una fracción social de su crecimiento económico.”²⁷

Sin embargo, a pesar de las inversiones y del impacto del comercio y de los bienes de consumo fue necesario mantener y aumentar una producción agrícola, y con ella los “señores” se siguieron perpetuando.

La tasa de crecimiento de la agricultura... fue rápida... del café brasileño; del trigo, maíz, lana y carne argentina; las bananas centroamericanas o el azúcar cubano. Avances

²⁶ Halperin, *op. cit.*, p. 222-224.

²⁷ E. Wolf, *op. cit.*, p. 247.



más pequeños fueron marcados por los países andinos de Sudamérica (excepto para el progreso en las granjas irrigadas en la costa del Perú), Centroamérica (excepto para las plantaciones de fruta en parte de algunas de aquellas repúblicas) y Colombia y Venezuela. La agricultura mexicana no se desarrolló tan rápidamente como otros sectores de la economía de aquel país, aunque hubo mejoría en cosechas, tales como la fibra de henequén.²⁸

Pero al estar destinada esta producción agrícola creciente de manera preferente al mercado mundial, sus productos estuvieron expuestos a las fluctuaciones de precios en los grandes mercados de cambio, como el de Chicago o Liverpool. El nivel de los precios para los productos agrícolas fue en general bajo, en comparación al de los productos industriales adquiridos por los productores agrícolas, y por ello los resultados finales que obtuvieron no fueron tan óptimos como los de quienes se dedicaron a los productos industriales o al comercio.²⁹

Podemos evaluar el resultado final de la asociación de la “primera América”, con el mundo del comercio y las finanzas extranjeras, así como también la desnaturalización que debía seguir en los señores y políticos latinoamericanos al revisar lo que ocurrió con el comercio, cuyo valor se cuadruplicó en el México de la época porfiriana. Chile alcanzó los mismos niveles que México, a pesar de tratarse de un país de menor población. En Argentina la época tuvo un mayor auge, pues de 70 millones de dólares en 1869, se llegó a un billón en 1913. El hecho es que, en 1913, sean cuales fueren las cifras, Chile tuvo mayor comercio que el Ecuador, Perú y Colombia combinados. En los trópicos, Cuba obtuvo mayores volúmenes de exportación que Chile.³⁰ Mientras las exportaciones

²⁸ Griffin, *op. cit.*, p. 167.

²⁹ Griffin, *op. cit.*, p. 168.

³⁰ Griffin, *op. cit.*, p. 164-165.



adicionaron nuevos productos como carne congelada de Argentina, Uruguay y Brasil, salitre de la costa pacífica sudamericana, caucho de Brasil, Perú y Colombia y bananas de Centroamérica, se importaron de manera básica grandes cantidades de maquinaria, equipo para ferrocarriles y materiales de construcción a Argentina, Brasil y Chile.³¹

Todo esto se debió a que Europa estaba en paz y se necesitaban materias primas en grandes cantidades para alinear la industria al engrandecimiento de las ciudades, y a la mayor necesidad de alimentos. Se cerraba el círculo y, por su parte, América continuaba siendo complementaria para satisfacer las necesidades europeas provocadas por el incremento de su población, que se reflejaron en la mejora del transporte, la llegada de los capitales extranjeros, el uso de la nueva maquinaria y el aumento consecuente de la producción.³²

Tanta bonanza dio lugar a los cambios debidos, en la vida de los latinoamericanos. Poco a poco aparecieron los signos externos de la transformación, las ciudades se vieron atravesadas por tranvías eléctricos, que fueron un servicio esencial para la vida urbana, los carruajes tirados por caballos fueron sustituidos por automóviles y camiones movidos por motores de gasolina, cuyo uso se limitó, en un principio, por la falta de caminos a las áreas urbanas y a cortos trayectos fuera de ellas. De todos los países, Argentina tomó la delantera en este aspecto, debido a que en épocas de secas la Pampa posibilitaba su circulación.³³ Los ferrocarriles de México se hicieron eco de las innovaciones estadounidenses en cuanto a su eficiencia y seguridad. Los rieles y el material rodante más pesado hicieron su aparición, junto con los carros de acero y los

³¹ Griffin, *op. cit.*, p. 165.

³² Griffin, *op. cit.*, p. 164.

³³ Griffin, *op. cit.*, p. 170.

frenos de aire comprimido o las señales automáticas de seguridad.³⁴ El transporte marítimo también sufrió de las transformaciones de la época al introducirse casi de manera universal los vapores de casco de acero y utilizarse en el tráfico de cabotaje, de importancia capital en algunos de nuestros países, como Brasil y Chile. Mientras tanto, el uso de la comunicación fluvial se limitó cada vez más al transporte de carbón, metales y otras cargas pesadas.³⁵

Todo ello dio pie a que Latinoamérica participara de las corrientes materialistas, insensibles, contra las que se opusieron no pocos escritores y reformadores. A fin de siglo aparecieron idealistas que se asociaron con un sentido creciente de unidad cultural hispanoamericana. A pesar de la gran fe en el progreso, se plantearon serias interrogantes sobre el mismo y los resultados obtenidos.³⁶

El orden neocolonial creó, sin duda, innovaciones que produjeron una economía poco identificada con la nación, pero cuyos efectos indirectos alcanzaron sectores de población mucho más amplios. No todos los estados podían vivir sin los aportes de impuestos y regalías que equilibraran sus presupuestos nacionales, a pesar de que no fueran comparables con los grandes beneficios obtenidos por las grandes compañías que en ellos existían y operaban. Pero el equilibrio, poco firme, de esos estados los exponía a una pobreza causante del descontento popular y de la cólera mucho más peligrosa de las fuerzas armadas. Al mismo tiempo los ingresos provenientes de las exportación sirvieron para mantener niveles de importación, de los que era difícil prescindir para el consumo,³⁷ en virtud de que la población urbana crecía en México,

³⁴ Griffin, *op. cit.*, p. 169.

³⁵ Griffin, *op. cit.*, p. 169-170.

³⁶ Griffin, *op. cit.*, p. 182.

³⁷ Halperin, *op. cit.*, p. 315.



Buenos Aires, La Habana, Lima, Santiago, Bogotá, Montevideo. Pero, además, se había provocado un consumo rural de productos de importación. Cada vez el movimiento de productos resultó menos fácil, debido a la nueva estructura institucional del comercio y de las finanzas internacionales y de que se buscara cada vez más la incorporación de nuevas áreas productoras de materias primas.³⁸

Quienes manejaron e hicieron todo esto son difíciles de definir, pero hay opiniones que delínean la figura de estos “señores” y “políticos” y la forma en que se situaron dentro de sus sociedades.

Salvador de Madariaga, apoyándose en la experiencia española, considera un factor importante de la herencia en el individuo que simboliza las palabras “dictadura” y “separatismo” y concluye que:

El individuo, movido por impulsos verticales más fuertes que los horizontales, esto es, por fuerzas naturales creadas directamente en él, más que por las fuerzas transmitidas por tradición o absorbidas de la circunstancia; esto tiende a definir su personalidad que (como una botella llena de su contenido) rehusa aceptar otras influencias. Esto camina hacia la dictadura, tendencia que no sólo se observa en el hombre público, en el de estado, en el general, en el cardenal o en el rey a la cabeza del estado. También se observa en cada uno de los hombres a la cabeza (o que se encaminan hacia ella), de cualquier pueblo, ciudad, región, firma de negocios o incluso en las familias del país.³⁹

A la vez, el mismo autor analiza las consecuencias que tiene esa manera de ser y el hecho de que el dictador, que rehusa las influencias ajenas y que reconcentra el poder en sí mismo, deplora y rechaza el separatismo en los demás a pesar de que,

³⁸ Halperin, *op. cit.*, p. 315-316.

³⁹ Salvador de Madariaga “Man and the Universe in Spain” en Hugh M. Hamill, *Dictatorship in Spanish America*, p. 32-33.



él mismo es un separatista, pues espera de otros en cuanto tiene que ver con las funciones normales colectivas del estudio, la discusión, intercambio y acuerdo. El molde fuerte individual del español y la debilidad de sus tendencias horizontales, por supuesto aquellas que entretejen a los hombres en el tejido social, explican el separatismo del español y la facilidad con que, a la menor sacudida, las regiones, ciudades, partidos políticos, clases, servicios estatales, se despedazan y se desunen unos de otros. No se necesita decir, habrá siempre causas tropicales para determinar los resquebrajamientos de la estructura de un país; pero la facilidad con que tales causas producen las rajaduras y la profundidad de las mismas se debe a la calidad de la estructura y no a las circunstancias que actúan sobre ellas. Nada es más característico de la naturaleza del español que la calidad susceptible de su ser colectivo que, sea dicho de paso, encontramos ejemplificado en los Estados Desunidos de América Española (fruto de las dictaduras y del separatismo) como opuesto a los Estados Unidos de la América Anglo-Sajona.⁴⁰

Por esto, hay que fijarse en las estructuras sociales y económicas de cada comunidad, donde surge el hombre fuerte para poder relacionar su poder a los grupos privilegiados o a los reprimidos. La relación del político, mutuamente ventajosa, con los señores aristócratas del agro, es importante y ha sido explorada por Sanford Mosk en la forma siguiente:

En algunos lugares de América Latina las haciendas crecieron o fueron creadas privando a los pueblos de indios de tierras que poseyeron desde antes de la conquista, y cuyos títulos de posesión habían sido confirmados por la corona española. El desarrollo más espectacular de este tipo se dio en México durante el régimen de Porfirio Díaz, cuando el gobierno mexicano promovió y ayudó a los hacendados a privar a los pueblos de indios de sus

⁴⁰ Salvador de Madariaga, *op. cit.*, p. 33.



tierras. Una variedad de métodos se pusieron en práctica que iban desde, técnicamente, medidas legales hasta el robo abierto... Al promover al latifundio, el camino del desarrollo económico del siglo XIX en América Latina tendió a reforzar y solidificar el poder económico de la aristocracia terrateniente. Inevitablemente también se fortaleció la oligarquía política. Ello sucedió porque aquellos que gobernaban estaban conectados muy de cerca con los grandes terratenientes. Muchos de quienes fueron influyentes en política provenían de clases terratenientes, incluso cuando el dictador, que estaba a la cabeza, procedía de las capas más bajas de la sociedad. Un caudillo que ostentaba poder por un trecho de tiempo generalmente se incorporaba a las clases terratenientes.

Viene con toda oportunidad en este punto el comentario de Pierre Chaunu sobre que

como la cigarra de la fábula, la aristocracia sudamericana, que había dilapidado sus rentas día tras día, de acuerdo con sus ansias de lujo, se encontró desprovista de capitales cuando llegó la hora de las grandes transformaciones técnicas.⁴¹

Rivadavia, primer presidente argentino que propuso para su país un régimen de liberalismo económico y de democracia burguesa, vio fracasar sus planes por no ajustarse a las necesidades del caudillismo provisional y comentó, en 1830 desde París, poco antes de que Argentina cayera en manos del hombre fuerte, Rosas, que para él resultaba evidente e incluso fácil de demostrar, que los levantamientos de su país se debían más a la ausencia del espíritu público y de cooperación, que debía existir entre los hombres responsables por el mantenimiento del orden y de las leyes, que a los ataques de personas ingoberna-

⁴¹ Hamill, *Dictatorship in Spanish America*, p. 22-23. Pierre Chaunu, *Historia de América Latina*, p. 92-93.



bles, ambiciosas y sin mérito o cualidades, o a los ambiciosos indolentes.⁴²

El tipo de gobernante que se nos delinea no es nuevo y proviene de muy atrás, pues Maquiavelo, en el primer libro de sus *Discursos* lo define y tal parece que indujera lo que iba a aparecer en América Latina:

presentarse ante la multitud con la mayor gracia y dignidad posible, e investido con todas las insignias de su rango, de tal forma que se inspire el mayor respeto.

Puesto que no hay forma mejor y más segura de pacificar una masa enardecida que la presencia de algún hombre con apariencia imponente y altamente respetado.⁴³

Tal parece como si del cuadro de Maquiavelo se desprenderían muchos de los gobernantes latinoamericanos investidos con sus uniformes y cuajados de condecoraciones y oropeles, a veces dudosos, en busca de la apariencia imponente y del respeto, resultando así con frecuencia figuras de lo más pintoresco aun dentro de su propia circunstancia.

Sobran ejemplos, y Morse escoge quizá uno de los mejores:

Entre incontables líderes e incidentes uno recuerda el momento en que el sanguinario Melgarejo, con sus hombres, entró en el palacio donde su rival, Belzú, celebraba su golpe de estado. El intruso, con calma de hielo, mató al presidente, entonces con presencia imperiosa miró y desafió a la masa en cuyas gargantas apenas habían terminado los gritos de victoria en favor de Belzú.⁴⁴

El ejemplo aducido por Morse da lugar a los dos fenómenos conexos, por un lado arrogancia y la imposición

⁴² R. Morse, "Political Theory and the Caudillo" en Hamill, *Dictatorship in Spanish America*, p. 60.

⁴³ Morse, *op. cit.*, p. 60.

⁴⁴ Morse, *op. cit.*, p. 60-61.



pasiva de las masas volubles y, en el fondo, indiferentes. La visión del hombre fuerte, “señor” o “político”, ha sido descrita por Octavio Paz e interpretada por Hamill en la siguiente forma:

El poeta mexicano Octavio Paz ha tratado de explicar el temperamento del mexicano en términos de una división existente entre el débil, los seguidores, el violado psicológicamente y el hombre que domina al macho, el “gran chingón”. Una palabra resume la agresividad, insensibilidad, invulnerabilidad, y otros atributos del macho: poder. Significa fuerza sin la disciplina de cualquier sentido del orden: poder arbitrario, la voluntad sin riendas y sin dirección establecida... caciques, señores feudales, dueños de hacienda, políticos, generales, capitanes de industria... todos son muchos... La variante mexicana no se puede aplicar universalmente sin alteraciones, pues aun son importantes para la comprensión del caudillo las implicaciones psicológicas del culto a la masculinidad.⁴⁵

Así es como estos señores gobernaron y manejaron los países y cómo su fisonomía se nos define. Para el fin del siglo, con las nuevas explotaciones de minas y agricultura y con la entrada vigorosa de las inversiones, que como vimos adecuaron y cambiaron las infraestructuras económicas de nuestros países, los señores obtuvieron fórmulas más eficientes para poder manejar sus poblaciones.

Aunque la fuerza del personalismo no se logró descartar, los recursos financieros y el favor protectorio de los extranjeros permitió al líder gobernar a “control remoto”. Adoptó el buen tono del burgués e incluso rindió homenaje con su verborrea al constitucionalismo. Tales hombres fueron Guzmán Blanco, de Venezuela; Porfirio Díaz, de México; Barrios, de Guatemala.⁴⁶

⁴⁵ Hamill, *op. cit.*, p. 24.

⁴⁶ Morse, *op. cit.*, p. 63.

Sin embargo todo no fue tan absoluto como concluyó J. F. Rippy, al decir:

Toda América hispana estaba destinada a ser tierra ostensible de repúblicas democráticas y de verdadera anarquía alternada con dictaduras. Platón había predicho centurias antes que las democracias compuestas de masas de hombres inexpertos y faltos de ilustración terminaría en tiranías.⁴⁷

Es de esperarse que, a la larga, Platón no tenga la razón y parecen encontrarse indicios de que las cosas pueden ser de otra manera.

El propio Morse en su magnífico trabajo que tantas veces hemos citado, analiza en consecuencia los dos desarrollos económicos que tienen lugar en la segunda mitad del siglo, en Argentina, y concuerda con Weber en la justificación de los gobiernos por medio de una versión modificada de la democracia del *laissez-faire*, que Weber llama justificación a través de la competencia burocrática y del respeto público por los estatutos legales que, según Morse, ha sido un procedimiento raro en América Latina, incluso en sus formas híbridas. Nos presenta a Argentina como ejemplo de esa experiencia en 1860 y en 1880, sobre todo cuando las pampas recibieron un aluvión de inmigrantes en pos de tierras, causado por las nuevas necesidades mundiales de carne y granos, entre otras. A pesar de que los mayores beneficios fueron para una oligarquía de grandes propietarios, muchos de los inmigrantes se hicieron de granjas chicas en las provincias norteñas y, además, por razón del desarrollo económico se dio el lugar necesario a la clase media urbana, a pesar de que también reconoce que:

⁴⁷ J. Fred Rippy, "Monarchy or Republic" en Hamill *Dictatorship in Spanish America*, p. 89.



los argentinos eran parientes homogéneos y blancos de América Latina. Un núcleo creciente identificó sus intereses con la estabilidad y prosperidad de la comunidad nacional, a pesar de que los puestos de autoridad socioeconómicos más altos ya estaban vacíos de antemano.⁴⁸

Por el momento económico y la inercia de Argentina, una serie de sus presidentes sólo tuvieron que vigorizar y dirigir su desarrollo manteniéndose dentro de límites tolerables de la Constitución de 1853, pues, a pesar de los desafueros eventuales de la política, no se regresó a la tiranía, sino que tuvo lugar la aparición en 1890 del Partido Radical (liberal de la clase media), llegándose a las elecciones libres y finalmente al control radical de la Presidencia (1916-1930).⁴⁹ Lástima que el análisis quedó corto en tiempo, pues en la actualidad habría que revisar a fondo lo dicho por Morse a la luz de los últimos acontecimientos argentinos.

Todavía queda un tercer modelo de gobierno que se da también en Latinoamérica y que ha desarrollado el molde de Maquiavelo a escala completa, en donde aparece el dirigente personalista y que ha creado un sistema fiel a los “principios originales”. Vigoriza la sociedad al establecer clases o “estados” dentro de un equilibrio centralizado, yendo en busca de un neotradicionalismo de reminiscencias weberianas en su tercera categoría, esto es, la “autoridad del eterno ayer”. Tal parece que al proyectar la historia al siglo xx, Morse, apoyado por Frank Tannenbaum, plantea el cuadro final:

Sobre la constitución de México —puesta en existencia en 1917 por Carranza, caudillo hábil y oportunista— ha dicho Frank Tannenbaum:

Por suposición, la Constitución reconoció que la sociedad mexicana se divide en dos clases, y que es función

⁴⁸ Morse, *op. cit.*, p. 63.

⁴⁹ Morse, *op. cit.*, p. 63-64.

del estado proteger a la una contra la otra. La Constitución, por lo tanto, no es un cuerpo de leyes aplicable en la misma forma a todos los ciudadanos, sino que también está formada por clases con derechos especiales dentro de la ley. Lo que, de hecho, ha sucedido es que la vieja idea de “estados” ha sido recreada en la ley mexicana. El molde del estado español más viejo, dividido entre clero, nobleza y comunes ha sido recreado envuelto en una nueva túnica con campesinos, trabajadores y capitalistas que sustituyen el viejo modelo. Esto no se hace formalmente, pero se hace de tal manera bien para aparentar que la ley concibe una estructura social de tipo muy diferente a la que existe en una democracia liberal aun cuando ello sea sólo de manera implícita... La revolución no cabe duda que ha aumentado la democracia efectiva en México. Pero también ha aumentado, legal y económicamente, la dependencia del pueblo y de las comunidades del gobierno federal y del presidente. La vieja tradición de que el rey manda ha sobrevivido convirtiéndose en una nueva versión: el presidente manda. Manda más que gobierna y tiene que hacerlo así si es que ha de sobrevivir en su puesto y ha de mandar el país en paz.⁶⁰

A la luz de estos trabajos parece claro que, en la segunda mitad del siglo y debido al desarrollo y a la bonanza de la economía provocada por necesidades ajenas del continente latinoamericano, los “señores”, los de “entre nosotros” y los “políticos” locales, se han desnaturalizado. Perdieron su característica señorial principal, que era la aristocrática y dieron lugar a que surgiera un nuevo tipo de “señor político”: que manteniendo su propósito original de poder, adaptó su personalidad y sus procedimientos para poder participar de las actividades impuestas por los intereses de ese mundo externo en el que poca, o ninguna, influencia directa podía tener, a pesar de convertirse en un instrumento del mismo.

⁶⁰ Morse, *op. cit.*, p. 64-65.



Por estas razones se observa cómo la práctica de la democracia es difícil en nuestros países aun cuando, claro está, se hayan hecho muchos y muy meritorios esfuerzos hacia ella. Casos conspicuos, como vimos decir a Tannenbaum, al cambiar el siglo, dieron por resultado que si bien “la revolución ciertamente ha aumentado la democracia efectiva en México... el pueblo y las comunidades también han aumentado su dependencia legal y económica del gobierno federal y del presidente”.

Por otra parte, la desnaturalización que produjo el reenfoque de sus intereses, a la vez produjo cambios en aspectos más íntimos; por deberse aunar a un nuevo clima y formas externas, no sólo en cuanto a gustos de vestir y de arquitectura, sino también en manera de pensar. Por ello se asimilaron y adaptaron corrientes de pensamiento consideradas compañeras del progreso material y de los nuevos órdenes que regían en nuestros países y sociedades. Los conceptos de sociedad, de paz y de autoridad, envolvieron todo el fenómeno y así se garantizó el mantenimiento del clima necesario.

En una palabra, todos los esfuerzos y las concesiones fueron pocos para “civilizarnos” de acuerdo con los cánones del mundo externo y así entramos en el torbellino de la producción de las finanzas, de las ideas, de la ciencia aplicada y de las concepciones extranacionales o de las organizaciones mundiales.

LA SEGUNDA AMÉRICA

1. *El trabajo empeñado*

La segunda América, según comentamos con anterioridad, constituye el instrumento útil para la de los señores y de los políticos. Ella sirve para formar los ejércitos que apoyan las disputas de señores políticos, la que es mandada